

Aniversario del Fusilamiento del Gral. Bonachea

Por Walter Blomquist

ACABA de cumplirse medio siglo del fusilamiento del glorioso libertador General Ramón Leocadio Bonachea, en el Castillo del Morro de Santiago de Cuba. Pocos son los hombres que como él lo han sacrificado todo por el ideal sacrosanto de obtener una patria libre y soberana durante un período de opresión y tiranía, como el que reinaba en Cuba en aquella época. Por eso toda la Isla se estremeció a la descarga mortal del día 7 de marzo de 1885, cuando el incansable luchador y valiente expedicionario de las Villas cayó víctima de las balas de la traición y de la tiranía.

Cincuenta años en la vida de una nación no representa más que un día en la vida de los hombres y sin embargo, este período ha sido de honda significación para Cuba, porque en él han fructificado las simientes de libertad que dejaron caer los esforzados paladines de épocas anteriores. Así han cristalizado las inspiradoras palabras del General Bonachea en una de sus proclamas al pueblo cubano cuando decía: «En el orden natural de los acontecimientos que impulsan a los pueblos a la meta de sus destinos ha sonado nuevamente para la esclavizada Cuba la hora del sacrificio y de la gloria por la Independencia y la Libertad».

La chispa que encendieron en la masa del pueblo aquellos hombres y mártires de la generación pasada, se

ha extendido en enormes proporciones. Por eso queremos conocer y recordar sus hazañas gloriosas para que nos alienten en nuestras luchas continuas por la libertad y la grandeza de la misma patria por la cual ellos cayeron.

Y he aquí a uno de ellos:

El General Ramón Leocadio Bonachea, que nació en la histórica ciudad de Santa Clara en los tiempos de la célebre conspiración de Narciso López, dos años posteriores al martirologio de Plácido, cuando don José Antonio Saco desde la prensa sostenía largas polémicas en favor de las libertades cubanas. Transcurría su infancia cuando los primeros brotes revolucionarios sacudieron la patria esclavizada: en la época de oro de don José de la Luz Caballero. En el corazón de la Isla aprendió las primeras letras y allí se fué formando su mentalidad separatista, en



Gral. Ramón L. Bonachea

medio de un ambiente que predisponía a la rebelión. Era esa la gloriosa y dura época de conspiraciones, ejecuciones y muertes a granel. De ahí su amor por la patria, su valor a toda prueba y su decisión de morir por los santos ideales de libertad y democracia.

Así se forjó el alma de Bonachea. Así se formaron las legiones que asombraron al mundo por el heroísmo de haber resistido, sin ejemplo en la historia, diez años de guerra contra una de las más grandes potencias del mundo.

Aquellos fueron hombres de un temple y un carácter indomables, muertos, pero no vencidos, que todo lo dieron, que todo lo sacrificaron: riqueza, familia, hogar y felicidad por la patria. El padre mismo del General Bonachea fué deportado a la Isla de Fernando Póo en Africa, y despojado de toda su fortuna.

Con estas experiencias y el alma llena de ansias de redención para la patria, Bonachea, aún muy joven, se lanzó a los campos de la revolución en el año 1868, llegando por su heroísmo y por su valor al grado de General después de 10 años de luchas constantes. Las páginas de la historia de la epopeya de los diez años son testimonios de hechos que colocan al General Bonachea entre los inmortales de todos los tiempos. Entre las muchas batallas gloriosas que están relacionadas con su nombre se pueden mencionar la toma de Morón, el paso triunfal por Ciego de Avila, la victoria en «Cabeza del Negro», en Sancti Spiritus, la destrucción del sitio que le puso en la hacienda «San Marcos» el Brigadier

español Correa, los combates formidables con el conocido guerrillero Coronel Miret y con el Teniente Coronel Polavieja, a quien derrotó completamente. Este último fué quien más tarde como Capitán de la Isla autorizó su sentencia de muerte.

El General Bonachea sirvió constantemente a la causa que defendía con un valor extraordinario y cuando se firmó el pacto de Zanjón, él se resistió a aceptarlo. Y aún después que el heroico Maceo con su valiente Estado Mayor firmó la célebre protesta de Baraguá, se mantuvo él irreductible en la región villareña, lo que le valió que la Junta Revolucionaria de New York lo nombrara General en Jefe de las fuerzas que se mantenían rebeldes en la Isla, emprendiendo entonces, con los que permanecieron a su lado, una nueva campaña contra el gobierno de la colonia, gesto que le sirvió para obtener la serie de triunfos que alcanzó. «Marroquín» fué su última batalla, donde se cubrieron de gloria los cubanos y permitió que se pudiera levantar el acta de protesta de Hornos de Cal, el 15 de abril de 1879, diciendo así la inscripción que ostenta el obelisco erigido en dicho lugar para perpetuar el recuerdo de dicha protesta:

«Baraguá y Jarao se dieron las manos. Allí vibró viril la protesta de Maceo. Aquí la de Bonachea».

Por eso Martí juzgaba este hecho con las frases más enaltecedoras, diciendo entre otras cosas, en carta dirigida al General Serafin Sánchez: «...creo que puede y debe decirse que Hornos de Cal es una página de la Historia no inferior a ninguna otra y que no cede ni ante la hazaña estupenda de Baraguá y por esas razones porque el General Bonachea fué el último en abandonar el terreno en que se ventilaba el duelo, porque hizo constar con orgullo que le honra que no pactaba con España...»

Después laboró el General Bonachea sin descanso en el extranjero hasta que partió para Cuba al mando de una expedición, cayendo prisionero al ser traicionado y después de tres largos meses de cautiverio, fué pasado por las armas con cuatro compañeros más en Santiago de Cuba, el 7 de marzo de 1885; valiéndole su célebre frase de que no capitulaba con el Gobierno Español que éste no accediera a su indulto, que fué solicitado por las más altas personalidades de la Isla y el extranjero.

Así vivió, luchó y murió un gran cubano del siglo pasado.

Podemos decir acerca del General Bonachea, sus propias palabras respecto a los nobles esfuerzos de la Junta Revolucionaria de New York: «Ojalá que su ejemplo sea imitado por todos los cubanos».

PATRIMONIO

DOCUMENTAL

Don. marzo 1935

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA